

Berlín, 1941

(Volodia y Werner, ambos espías, quedan en Berlín y se habla por primera vez de la posibilidad de invadir la URSS por parte de los nazis)

Después de que Hitler y Stalin firmasen el tratado, hacía casi dos años, el espionaje soviético había seguido activo en Alemania, y también la vigilancia del personal de la embajada soviética. Todo el mundo creía que era un pacto temporal, aunque nadie sabía cuánto duraría. Por ello, los agentes del contraespionaje aún seguían a Volodia a todas partes. Volodia sospechaba que debían de saber en qué ocasiones salía para cumplir con una misión secreta, pues era entonces cuando les daba esquinazo. Si solo iba a comprar una salchicha para almorzar, dejaba que le pisaran los talones. Se preguntaba si serían lo bastante astutos para caer en la cuenta de eso.

(...)

—Hemos recibido una información demoledora —contestó Volodia—, una noticia que cambiará el curso de la historia... si es cierta. —Werner lo miró escéptico. Volodia prosiguió—: Una fuente nos ha informado de que Alemania invadirá la Unión Soviética en junio. —Volvió a estremecerse al decirlo. Era una inmensa victoria para los servicios secretos del Ejército Rojo, y una terrible amenaza para la URSS.

Werner se apartó un mechón de los ojos con un gesto que sin duda aceleraba el pulso de las chicas.

—¿Una fuente fidedigna?

Se trataba de un periodista de Tokio que gozaba de la confianza del embajador alemán en Japón, aunque en realidad era un comunista clandestino. Todo cuanto había comunicado hasta el momento había sido veraz. Pero Volodia no podía decirle eso a Werner.

—Sí —contestó.

—Entonces, ¿crees que ocurrirá?

Volodia vaciló. Ese era el problema. Stalin no lo creía. Opinaba que se trataba de desinformación de los Aliados con la intención de dar muestras de desconfianza entre Hitler y él. El escepticismo de Stalin frente a aquel golpe maestro de los servicios secretos había desolado a los superiores de Volodia y les había amargado la jubilación.

—Queremos confirmarlo —contestó.

Werner recorrió con la mirada los árboles del cementerio, que empezaban a verdear.

—Dios, espero que sea verdad —dijo con repentina fiereza—. Eso acabaría con los malditos nazis.

—Sí —convino Volodia—, si el Ejército Rojo está preparado.

Werner se sorprendió.

—¿No estáis preparados?

Una vez más, Volodia no podía decirle a Werner toda la verdad. Stalin creía que los alemanes no atacarían antes de que hubiesen derrotado a los británicos, temerosos de una guerra en dos frentes; creía que mientras Gran Bretaña siguiera desafiando a Alemania, la Unión Soviética estaba a salvo. En consecuencia, el Ejército Rojo no estaba ni de lejos preparado para una invasión alemana.

—Lo estaremos —respondió Volodia—, si consigues corroborar los planes de invasión.

Sintió a su pesar una leve sensación de protagonismo. Su espía podía ser la clave.

—Por desgracia, no puedo ayudarte —dijo Werner.

Volodia frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo corroborar ni desmentir esa información, ni tampoco proporcionarte nada más. Están a punto de despedirme del Ministerio del Aire. Es probable que me destinen a Francia..., o, si tu información es cierta, que me envíen a invadir la Unión

Soviética.

Volodia estaba horrorizado. Werner era su mejor espía. La información que él le había facilitado era lo que había favorecido su ascenso a capitán. Le costaba respirar.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —preguntó, no sin esfuerzo.

—Mi hermano murió en una clínica para discapacitados, igual que el ahijado de mi novia, y estamos haciendo demasiadas preguntas.

—¿Por qué iban a degradarte por eso?

—Los nazis están matando a los discapacitados, pero es un programa secreto.

Volodia se distrajo un momento de su misión.

—¿Qué? ¿Los matan, sin más?

—Eso parece. Aún no conocemos los detalles, pero si no tuviesen nada que ocultar, no me habrían castigado a mí, ni a otros, por hacer preguntas.

—¿Cuántos años tenía tu hermano?

—Quince.

—¡Dios mío! ¡Si aún era un niño!

—No se van a salir con la suya. Me niego a ocultar esto.

Se detuvieron frente a la tumba de Manfred von Richthofen, un as de la aviación. Era una lápida enorme, de casi dos metros de altura y casi el doble de ancho. En ella se leía esculpida, con elegantes letras mayúsculas, una única palabra: RICHTHOFEN. A Volodia le resultó conmovedora aquella sencillez. Intentó recobrar la compostura. Se dijo que, al fin y al cabo, la policía secreta soviética asesinaba a gente, en especial a los sospechosos de deslealtad. El jefe del NKVD, Lavrenti Beria, era un torturador cuya práctica predilecta consistía en secuestrar a dos chicas guapas en la calle y violarlas por la noche como divertimento, según ciertos rumores. Pero pensar que los comunistas podían ser tan brutales como los nazis no lo consolaba en absoluto.

Algún día, se recordó, los soviéticos se desharían de Beria y de los tipos de su calaña, y entonces podrían construir el auténtico comunismo. Mientras tanto, la prioridad era derrotar a los nazis. Llegaron al muro del canal y se quedaron allí, contemplando el lento avance de una barcaza que despedía un humo negro y oleoso. Volodia meditó sobre la alarmante confesión de Werner.

—¿Qué ocurriría si dejases de investigar esas muertes de niños discapacitados? —preguntó.

—Perdería a mi novia —contestó Werner—. Está tan furiosa como yo.

A Volodia lo asaltó el temor de que Werner pudiese desvelarle la verdad a su novia.

—Obviamente no podrías confesarle el verdadero motivo de tu cambio de parecer

—dijo con tono categórico.

Werner parecía sorprendido, pero no discutió.

Volodia cayó en la cuenta de que convenciendo a Werner para que abandonase aquella campaña estaría ayudando a los nazis a ocultar sus crímenes. Desechó al instante aquel incómodo pensamiento.

—Pero ¿te permitirían conservar tu puesto con el general Dorn si accedieras a olvidarte del asunto?

—Sí. Eso es lo que quieren. Pero no voy a permitirles que se salgan con la suya después de haber matado a mi hermano. Me enviarán al frente, pero no me callaré.

—¿Qué crees que te harán cuando sepan lo decidido que estás?

—Me llevarán a algún campo de prisioneros.

—¿Y qué ganarás con eso?

Volodia tenía que recuperar a Werner, pero de momento no lo estaba consiguiendo. Werner tenía respuesta para todo. Era un tipo inteligente. Y eso era lo que hacía de él un espía tan valioso.

—¿Y los otros? —preguntó Volodia.

—¿Qué otros?

—Debe de haber miles de adultos y niños discapacitados. ¿Los nazis van a matarlos a todos?

—Es probable.

—Es evidente que no podrás impedirselo si estás en un campo de prisioneros.

Por primera vez, Werner se quedó sin réplica.

Volodia se volvió de espaldas al agua y recorrió el cementerio con la mirada. Un joven trajeado se arrodilló frente a un pequeño sepulcro. ¿Los estaría siguiendo? Volodia lo observó atentamente. El hombre sollozaba y temblaba. Su aflicción parecía auténtica; los agentes del contraespionaje no eran buenos actores.

—Míralo —le dijo Volodia a Werner.

—¿Por qué?

—Se lamenta. Es lo que estás haciendo tú.

—¿Y qué?

—Tú míralo.

Un minuto después, el hombre se puso en pie, se enjugó la cara con un pañuelo y se alejó.

—Ahora ya se ha desahogado. En eso consiste lamentarse. Con el lamento no se consigue nada, solo hace que uno se sienta mejor.

—¿Crees que estoy indagando solo para sentirme mejor?

Volodia se volvió y lo miró a los ojos.

—No te juzgo —dijo—. Quieres averiguar la verdad y gritarla a los cuatro vientos. Pero intenta pensar con lógica. La única forma de acabar con lo que me has contado es derrocar al régimen. Y la única forma de conseguir que eso ocurra es que el Ejército Rojo derrote a los nazis.

—Es posible.

Werner empezaba a flaquear. Volodia vio un brote de esperanza.

—¿Es posible? —dijo—. ¿Quién más hay? Los ingleses están postrados, intentando desesperadamente repeler a la Luftwaffe. A los estadounidenses no les interesan las tiendas europeas. Todos los demás respaldan a los fascistas. —Posó las manos en los hombros de Werner—. El Ejército Rojo es tu única esperanza, amigo mío. Si perdemos, esos nazis seguirán matando a niños discapacitados, y a judíos, y a comunistas, y a homosexuales, durante otros mil sangrientos años.

—Mierda —espetó Werner—. Tienes razón.

(Días después, Volodia recibe un documento):

Sacó de él un documento. Era una copia de carbón, mecanografiada y algo borrosa, pero legible. Llevaba un encabezamiento.

DIRECTIVA N.º 21: OPERACIÓN BARBARROJA

Federico Barbarroja era el nombre del emperador alemán que había encabezado la tercera cruzada en el año 1189. El texto comenzaba así: «La Wehrmacht alemana debe estar preparada, antes incluso del fin de la guerra contra Gran Bretaña, para derrotar a la Unión Soviética en una rápida campaña».

Volodia se sorprendió resollando. Aquello era dinamita. El espía de Tokio había acertado, y Stalin se había equivocado. Y la Unión Soviética corría un peligro mortal. Con el corazón desbocado, Volodia miró el final del documento, donde vio una rúbrica: «Adolf Hitler». Leyó las páginas en diagonal, buscando una fecha, y la encontró. La invasión estaba programada para el 15 de mayo de 1941. Junto a ella había una nota a lápiz, con la letra de Werner Franck: «La fecha ha cambiado al 22 de junio».

—Oh, Dios mío, lo ha hecho —dijo Volodia en voz alta—. Ha confirmado la invasión. Devolvió el documento al sobre y lo escondió entre las hojas de la revista. Eso lo cambiaba todo. Se levantó y se encaminó de vuelta a la embajada soviética para comunicar la noticia.

(Cuando la invasión nazi de la URSS comienza, Volodia vuelve a casa, pero no es recibido como él espera por haber avisado de la invasión):

Llamó a la puerta de Lemítov, con la esperanza de que el jefe pudiera aclararle algo.

—Pase.

Volodia entró, saludó y cerró la puerta.

—Bienvenido, capitán. —Lemítov salió de detrás del escritorio—. Entre usted y yo, debo decirle que hizo un gran trabajo en Berlín. Gracias.

—Es un honor, señor —contestó Volodia—. Pero ¿por qué entre usted y yo?

—Porque contradijo a Stalin. —Alzó una mano adelantándose a una posible protesta—. Stalin no sabe que fue usted, por supuesto. Pero, aun así, después de la purga, por aquí a la gente le inquieta que se la relacione con cualquiera que se salga del camino.

—¿Qué debería haber hecho? —preguntó Volodia, incrédulo—. ¿Mentir diciendo que la información era falsa?

Lemítov sacudió la cabeza con aire comprensivo.

—Hizo lo correcto, no me malinterprete. Y yo lo he protegido. Pero no espere que aquí lo traten como a un paladín.

—De acuerdo —dijo Volodia. Las cosas estaban peor de lo que había imaginado.

—Al menos ahora dispone de despacho propio, tres puertas más allá.

Necesitará uno o dos días para ponerse al día.

Volodia dedujo que lo estaba despachando.

—Sí, señor —dijo. Saludó y se marchó.

Su despacho no era lujoso —una sala pequeña sin alfombras—, pero no tenía que compartirlo. Volodia no estaba al corriente del progreso de la invasión alemana, con el trajín de intentar llegar a casa lo antes posible. En aquel momento aparcó la decepción y empezó a leer los informes enviados por los comandantes desde el campo de batalla, referentes a la primera semana de guerra. Mientras lo hacía, su desolación fue en aumento.

La invasión había encontrado desprevenido al Ejército Rojo. Parecía imposible, pero las pruebas tapizaban su escritorio. El 22 de junio, cuando los alemanes atacaron, muchas unidades de avanzada del Ejército Rojo «carecían de munición real». Eso no era todo. Los aviones soviéticos estaban pulcramente alineados sin camuflaje en los aeródromos, y la Luftwaffe había destruido mil doscientos aparatos en las primeras horas de combate. Se habían enviado unidades para frenar el avance alemán sin armas apropiadas, sin soporte aéreo y sin información secreta sobre las posiciones enemigas, y, en consecuencia, todas habían sido aniquiladas.

Y, lo peor de todo, la orden irrevocable de Stalin al Ejército Rojo era la prohibición de la retirada. Todas las unidades debían luchar mientras quedase un solo soldado en pie, y los oficiales debían quitarse la vida antes que caer prisioneros. A los soldados no se les permitía reagruparse en una posición defensiva nueva y más fuerte. Eso significaba que cada derrota se convertía en una matanza. En consecuencia, el Ejército Rojo estaba sufriendo una auténtica sangría de hombres y equipamiento.

Stalin había pasado por alto la advertencia del espía de Tokio, y también la confirmación de Werner Franck. Incluso cuando el ataque dio comienzo, Stalin insistió en un principio en que se trataba de una provocación puntual llevada a cabo por oficiales del ejército alemán a espaldas de Hitler, que la zanjaría en cuanto tuviera conocimiento de ella. Para cuando se hizo incuestionable que no era una provocación sino la invasión de mayores proporciones de la historia bélica, los alemanes habían arrollado ya las posiciones de avanzadilla de los soviéticos. Una semana después habían cubierto casi quinientos kilómetros hacia el interior del territorio soviético.

Era una catástrofe, y Volodia sintió ganas de gritar a los cuatro vientos que podría haberse evitado. No cabía duda de quién era el responsable. La Unión Soviética era una autocracia. Una sola persona tomaba las decisiones: Iósif Stalin. Y se había equivocado de una forma contumaz, estúpida y desastrosa. Y ahora su país corría un peligro mortal.

(Diciembre de 1941, los nazis están a punto de conquistar Moscú)

A finales de noviembre, Volodia solicitó el traslado a una unidad de combate. Su labor de espionaje ya no parecía importante: el Ejército Rojo no necesitaba espías para descubrir las intenciones de un ejército alemán que ya estaba a las afueras de Moscú. Y quería luchar por su ciudad. Sus recelos sobre el gobierno llegaron a parecerle una trivialidad. La estupidez de Stalin, la brutalidad de la policía secreta, la forma en que nada funcionaba en la Unión Soviética como se suponía que debía hacerlo... la importancia de todo eso se mitigó. Lo único que sentía era la encendida urgencia de repeler al invasor, que amenazaba con llevar la violencia, la violación, el hambre y la muerte a su madre, su hermana, los mellizos Dimka y Tania, y Zoya.

Era muy consciente de que si todo el mundo opinaba lo mismo, se quedarían sin espías. Sus informadores alemanes eran personas que habían decidido que el patriotismo y la lealtad no eran tan importantes como la terrible maldad de los nazis. Él se sentía agradecido por su valor y la férrea moralidad que los impulsaba a actuar así. Sin embargo, su sentir era distinto. También lo hacían muchos de los miembros más jóvenes de los servicios secretos del Ejército Rojo, y un pequeño grupo de ellos se unió al batallón de fusileros a principios de diciembre.

Volodia besó a sus padres, escribió una nota a Zoya en la que decía que esperaba sobrevivir para volver a verla, y se trasladó a los barracones. Después de mucho esperar, Stalin convocó a los refuerzos del este de Moscú. Treinta divisiones siberianas se desplegaron para combatir a los alemanes, que ahora se encontraban más cerca que nunca. De camino a la primera línea, algunos de ellos realizaron una breve parada en Moscú, y los moscovitas presentes en las calles se quedaron mirándolos con sus blancos abrigos acolchados y sus calientes botas de borreguito, con sus esquíes y sus gafas protectoras y robustos caballos esteparios. Llegaron a tiempo para el contraataque ruso.

Aquella era la última oportunidad del Ejército Rojo. Una y otra vez, en los últimos cinco meses, la Unión Soviética había desplegado cientos de miles de hombres contra el invasor. Y en todas las ocasiones, los alemanes habían hecho una pausa, habían repelido el ataque y habían proseguido con su avance imparable. Pero si este intento fracasaba no habría más ocasiones de triunfo. Los alemanes tomarían Moscú, y cuando eso ocurriera, tomarían la URSS.

El 4 de diciembre las fuerzas soviéticas salieron en dirección al norte de la ciudad, al oeste y al sur, y tomaron posiciones para la última campaña. Viajaban con los faros apagados para evitar poner en guardia al enemigo. No les estaba permitido encender hogueras ni cigarrillos. Esa noche los soldados de primera línea recibieron la visita de los agentes del NKVD. Volodia no vio a su cuñado con cara de rata, Ilya Dvorkin, quien debía encontrarse entre ellos. Una pareja que no reconoció se acercó al campamento donde Volodia y una docena de hombres estaban limpiando sus fusiles.

—¿Has oído a alguien que critique al gobierno? —preguntaron—. ¿Qué dicen los compañeros sobre el camarada Stalin? ¿Quién, de entre tus colegas, cuestiona la inteligencia de la estrategia y las tácticas del ejército?

Volodia no daba crédito. ¿Qué importaba eso a esas alturas? En los días siguientes, Moscú sería salvado o estaría perdido para siempre. ¿A quién le preocupaba si los soldados echaban pestes contra sus oficiales? Cortó el interrogatorio de raíz, diciendo que él y sus hombres tenían orden de permanecer en silencio, y que debía pegar un tiro a cualquiera que la incumpliese, pero que, añadió de modo temerario, no informaría a la policía secreta si se marchaban de inmediato.

Eso funcionó, aunque a Volodia no le cabía duda de que el NKVD estaba socavando la moral de los soldados de toda la primera línea.

El 5 de diciembre por la tarde, la artillería rusa entró en acción con fuerza arrolladora. A la mañana siguiente, al alba, Volodia y su batallón avanzaron en medio de una ventisca. Tenían órdenes de tomar una ciudad situada al otro lado de un canal.

Volodia no hizo caso de las órdenes de realizar un ataque frontal a las defensas alemanas; esa era una táctica rusa anticuada, y no era momento de aferrarse con

obstinación a ideas mal planteadas. Con su compañía de cien hombres se dirigió río arriba y cruzaron el suelo helado hacia el norte de la ciudad, luego se aproximaron al flanco alemán. Oía las detonaciones e impactos de la contienda a su izquierda, por eso supo que estaban justo detrás de la primera línea enemiga.

Volodia estaba prácticamente cegado por la ventisca. Los cañonazos ocasionales disipaban las nubes unos instantes, pero la visibilidad al nivel del suelo era de unos pocos metros. Sin embargo, pensó con optimismo, eso contribuiría a que los rusos pudieran avanzar con sigilo en dirección a los alemanes y pillarlos por sorpresa.

Hacía un frío endemoniado, hasta 35 °C bajo cero en algunos lugares, y aunque eso era terrible para ambos bandos, lo pasaban peor los alemanes, que carecían de medios para soportar el frío.

En cierta forma, para su sorpresa, Volodia descubrió que los nazis, que siempre se habían mostrado diligentes, no habían consolidado el frente. No tenían trincheras, ni zanjas antitanque, ni refugios subterráneos. El frente alemán no era más que una serie de fortines. Era fácil colarse por los huecos descuidados y llegar a la ciudad para buscar puntos débiles, barracones, cantinas y depósitos de munición.

Sus hombres dispararon a tres centinelas para tomar un campo de fútbol donde había aparcados cincuenta camiones. «¿De verdad va a ser tan fácil?», se preguntó Volodia. ¿El ejército que había conquistado Rusia estaba ahora debilitado y acabado? Los cadáveres de los soldados soviéticos, caídos en combates previos y abandonados para que se congelasen donde habían muerto, no tenían ni botas ni abrigo, que seguramente habían robado los aterrorizados alemanes.

Las calles de la ciudad estaban plagadas de vehículos abandonados, camiones vacíos con las puertas abiertas, tanques cubiertos de nieve con los motores congelados, y jeeps con el capó levantado, como para demostrar que los mecánicos habían intentado repararlos, pero que lo habían dejado, desesperados.

Al cruzar una calle principal, Volodia oyó el motor de un coche y distinguió, a través de la ventisca, un par de faros que se aproximaban por su izquierda. Al principio, supuso que se trataba de un vehículo soviético que avanzaba por las líneas alemanas. Pero entonces dispararon a sus soldados y también a él, y les ordenó a gritos que se pusieran a cubierto. El coche resultó ser un Kubelwagen, un todoterreno de Volkswagen con la rueda de repuesto en el parachoques y cubierta por una funda. Tenía un motor de ventilación fría, que era la razón por la que no se había congelado. Pasó junto a ellos traqueteando y a máxima velocidad, mientras los ocupantes disparaban desde sus asientos.

Volodia se quedó tan atónito que se olvidó incluso de responder a los disparos. ¿Por qué estaba el vehículo lleno de alemanes armados que huían de la batalla? Llevó a su compañía por el camino. Había imaginado que, a esas alturas, ya estarían luchando por avanzar, poniéndose a cubierto de casa en casa, pero se toparon con una oposición débil. Los edificios de la ciudad ocupada estaban cerrados con llave, clausurados, a oscuras. Cualquier ruso allí presente con un poco de sentido común debía de estar escondido bajo la cama.

Aparecieron más coches por el camino, y Volodia decidió que los oficiales debían de estar huyendo del campo de batalla. Envío una sección con una ametralladora ligera Degtyarev DP- 28 a tomar posiciones en una cafetería para poder dispararles desde allí. No quería que esos alemanes viviesen para matar rusos al día siguiente.

Justo a la salida de la carretera principal localizó un edificio bajo de ladrillo con potentes luces encendidas tras unas delgadas cortinas. Después de pasar a rastras por delante de un centinela que apenas veía por la ventisca de nieve, pudo mirar en el interior de la vivienda y distinguir unos oficiales que había dentro. Supuso que se trataba del cuartel general del batallón.

Dio órdenes entre susurros a sus sargentos. Dispararon a los cristales y luego lanzaron granadas al interior. Salieron unos cuantos alemanes con las manos sobre la cabeza. Pasado un minuto, Volodia había tomado el edificio. Oyó un ruido nuevo. Se quedó escuchando, y arrugó la frente, confundido. Más que ninguna otra cosa, parecía el estruendo de un partido de fútbol. Salió del edificio del cuartel general. El sonido procedía de la primera línea, y cada vez se oía con más fuerza.

Entonces se oyó una ráfaga de disparos de ametralladora y, a unos noventa metros de la carretera principal, un camión empezó a dar bandazos y se salió de la

carretera para ir a estamparse contra un muro de ladrillo, luego se prendió fuego; supuestamente había recibido el impacto de la DP-28 de los hombres de Volodia. Otros dos vehículos que iban justo detrás salieron huyendo.

Volodia corrió hacia la cafetería. La ametralladora estaba colocada sobre su bípode en una mesa del local. El sobrenombre de ese modelo era «la Grabadora», por el cargador en forma de disco situado justo encima del cañón. Los hombres estaban divirtiéndose.

—¡Es como el tiro al pichón, señor! —exclamó un artillero—. ¡Qué fácil! — Uno de los hombres había registrado la cocina y había encontrado un gran bote de helado que, milagrosamente, no estaba caducado, y se estaban turnando para engullirlo. Volodia miró por la luna hecha añicos de la cafetería. Vio otro vehículo que se acercaba, aunque esta vez era un todoterreno y, detrás de este, unos hombres corriendo. Cuando se acercaron reconoció los uniformes alemanes. A estos les seguían más hombres, docenas, tal vez cientos. Eran los responsables del ruido como de partido de fútbol.

El artillero apuntó la ametralladora hacia el coche que se aproximaba, pero Volodia le puso una mano en el hombro.

—Espera —dijo.

Miró hacia la ventisca, lo que le produjo picor en los ojos. Todo cuanto pudo ver fueron más vehículos y más hombres avanzando a la carrera, además de unos cuantos caballos. Un soldado levantó su fusil.

—No dispaes —ordenó Volodia. La multitud se acercó más—. No podemos detener a todos estos... nos derrotarían en un minuto —advirtió—. Dejémosles pasar. Poneos a cubierto. —Los hombres se tumbaron. El artillero retiró de la mesa la DP-28. Volodia se sentó en el suelo y miró por el alféizar.

El ruido se tornó estruendo. Los hombres que iban en cabeza llegaron a la altura de la cafetería y pasaron por delante. Iban corriendo, tropezaban y avanzaban renqueantes. Algunos llevaban fusiles, la mayoría parecía haber perdido su arma; algunos portaban gorro y abrigo, otros no llevaban más que la guerrera. Muchos estaban heridos. Volodia vio caer a un hombre con la cabeza vendada, avanzó a gatas unos metros y se desplomó. Nadie se percató. Un soldado de caballería sobre su montura hizo caer a uno de infantería y le pasó por encima, sin pensárselo dos veces. Los jeeps y los coches oficiales pasaban de forma temeraria a través de la multitud, patinando sobre el hielo, tocando el claxon de forma enloquecida y obligando a los hombres a apartarse hacia ambos lados.

Volodia se dio cuenta de que era un repliegue en desbandada. Marchaban por millares. Era una estampida. Estaban huyendo.

Al final, los alemanes se batían en retirada.